

## **02-01 Primer Dom. de Adviento, Año B** *Is.63.16-19 y 64.3-8 // I Cor.1.3-9 // Mc.13.33-37*

¡Imagínate lo que me pasó! Somos un grupo de cinco muchachos del mismo barrio, donde nos criamos juntos en la escuela y en la calle, como compinches en juegos y travesuras. Aún de adolescentes seguimos viviendo en el mismo vecindario y, aunque cada cual ya tiene su trabajo, al menos los viernes por la noche nos encontramos para el ‘viernes social’. Pero uno de nosotros fue a buscar trabajo en Chicago. Después de un año nos comunica que se ha enamorado con una muchacha de allá, y que se va a casar tal día. Y lo que es más: ¡ofrece pagarle el pasaje a uno de nosotros para que venga a su boda en representación de los demás! La suerte me cae a mí.

La noche antes del gran día nos reunimos en el lugar acostumbrado, y celebramos ya de antemano con copas y brindis hasta bien tarde. Por fin, bastante bebido, voy a casa, pongo el despertador, me tumbo en la cama. Pero qué pasa: por la mañana no oigo el despertador, me despierto tarde, me visto a toda prisa, cojo el maletín ya preparado, y me lanzo con mi carrito en el tránsito para todavía llegar a tiempo al aeropuerto. Desde luego hay tapón, me pongo nervioso, sudo, maldigo, toco la bocina. Logro llegar al aeropuerto 20 minutos antes de la salida del avión. Corro al mostrador para que me chequeen el boleto, pero cuando quiero sacarlo del bolsillo, ¡no hay boleto! ¡Se me quedó en la mesa del comedor! ¡Me pierdo la fiesta de la boda! ¡Ojalá hubiera estado más sobrio y más atento a la hora! -

### El Reloj de Dios

Así es el llamado a la vigilancia que Cristo nos dirige hoy. El reloj del tiempo es como todos los relojes: no se detiene, ni camina para atrás, sino sólo para adelante. Cada minuto que pasa estamos más cerca del momento definitivo del encuentro con el Señor, sea como nuestro Salvador, sea como nuestro Juez. De ahí su encargo: “¡Vigilad!” En Getsemaní Jesús añade a esto otra palabra-clave: “Vigilad y orad” (14.38). Se trata, pues, de una vigilancia activa: (1) que, por un lado, acucia nuestro anhelo por el cielo, según nos alienta el propio Jesús: “Cuando empiecen a suceder estas cosas, levantad la cabeza y cobrad ánimo: porque se acerca vuestra liberación” (Lc.21.28): luego, es oración de esperanza. –

(2) Por otro lado, esta oración es un grito desesperado de socorro que pretende ‘arrancar’ del Padre la fuerza para nosotros resistir en la tentación y, en especial, en las grandes pruebas de la vida, - como Jesús mismo, cuando sufrió el silencio de Dios en Getsemaní y Calvario. Por esto Jesús nos enseña a pedir: “No nos introduzcas en la prueba”<sup>1</sup>. Y, según vemos en el caso de Jesús mismo en Getsemaní, lo más duro de esa ‘prueba’ no son los azotes o heridas exteriores, sino sentirse abandonado por el Padre: tener la impresión que nuestros gritos de socorro se pierden en el vacío, - que estamos gritando y dando puños en una pared, dura y fría, que no tiene ni orejas para oír: “¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!”<sup>2</sup>. Con todo, por la fe sabemos que esa ‘pared’ es finísima y que, al otro lado, Dios está con el oído pegado a ella: para que no se le escape ningún suspiro, ningún grito, ninguna lágrima nuestra como, con fe ciega, confiesa el salmista: “Tú recoges mis lágrimas en tu odre” (Ps.56.9). Pues éstas son como perlas, - o

---

<sup>1</sup> Hay dos errores en la traducción oficial: “y no nos dejes caer en tentación”. (1) Pues cuando decimos “no nos dejes caer”, implicamos que es Dios el que nos somete a la tentación. Pero Dios nunca ‘tienta’ o somete a tentación a un ser humano, como dice Santiago: “Dios no es tentado por el mal, ni tienta a nadie”. Más bien nos somete a prueba: “Feliz el hombre que supera la prueba, porque, superada la prueba, recibirá del Señor la corona de la vida” (Stgo.1.12). Pues hay gran diferencia entre “tentación”, que es invitación a cometer pecado, - y “prueba”, que es una experiencia dura y retante que, si se maneja bien, nos hace crecer, y fortalece nuestro carácter. – (2) Y el texto no dice: “no nos hagas caer”, sino: “no nos introduzcas en la prueba”. Esto manifiesta mayor humildad: pues no sólo pedimos que Dios nos haga salir airosos de las pruebas, - sino que ni siquiera nos someta a ellas: pues por triste experiencia conocemos nuestra propia fragilidad, que tan fácilmente nos ‘traiciona’ en la prueba.

<sup>2</sup> Las ediciones de la versión litúrgica presentan una redundancia totalmente superflua, y que no está en el texto hebreo: “Bajaste, y los montes se derritieron ante tu presencia”. - Hay que tacharla.

como semillas que, caídas en la tierra, producirán una abundante cosecha de felicidad: “Los que siembran con lágrimas, cosecharán entre cantares” (Ps.126.5). –

### Por Qué Dios nos Esconde su Rostro

Pero este silencio de Dios, (1) además de ser una ‘prueba’ a que somete nuestra fe para ‘probar’ su temple, (2) puede también ser un ‘castigo’ o escarmiento de parte de Dios por nuestra desatención, como porfiaba el salmista: “Yo me decía: jamás vacilaré. Pero entonces me escondiste tu rostro, y quedé desconcertado” (Ps.30.8). Es la amarga experiencia de Isaías: “¿Por qué nos dejaste errar fuera de tus caminos, y endureces nuestro corazón para que no te tema?” (Is.63.17). Respuesta: este silencio es la pedagogía de Dios, para ver si logra despertarnos de nuestra modorra de desatención a sus avisos, según dice Jesús: “Vuestros corazones se han hecho ‘pesados’ por el libertinaje, la embriaguez y las preocupaciones de esta vida” (Lc.21.34). Por esto nos insiste: “Estad en vela, orando en todo momento: para que tengáis fuerza y escapéis de todo lo que está por venir, y podáis manteneros de pie delante del Hijo del Hombre” (Lc.21.36). De ahí que la palabra-clave del evangelio de hoy es “¡Velad!”

No hemos de tomar esto a la ligera, porque no es así que el Señor se ajuste siempre a los caprichos de *nuestro* reloj. Claramente nos avisa: “En el (= mi) tiempo favorable te escucho, y en el (= mi) día de salvación te ayudo. Mirad, ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de salvación” (II Cor.6.2). Es el misterio del ‘tiempo de Dios’, según enseña el Eclesiastés: de parte de Dios “hay un tiempo de plantar y un tiempo de arrancar, un tiempo de sanar y un tiempo de matar” (etc., Qoh.3.3). Este momento específico en el plan de Dios, lo indica el evangelio de hoy con la palabra griega: *kairós* (v.33) que, desgraciadamente, no tiene traducción exacta en español: “No sabéis cuándo es el *kairós*”, es: el momento decisivo en el ‘calendario’ de Dios, - sea el *kairós* del juicio de toda la historia humana, sea el de mi vida personal. Decidir este *kairós* es prerrogativa exclusiva del Señor como Dueño de la historia (Hch.1.7). -

### San Pablo Agradece Dos Beneficios de Dios a sus Fieles

Como siempre, Pablo empieza su carta con una acción de gracias: toda oración nuestra debe comenzar con agradecimiento por lo mucho que ya recibimos de la mano de Dios. Sólo después podemos pasar a la petición. Por tanto, en este pasaje Pablo da las gracias por dos grandes beneficios de Dios que ve en sus fieles (y que, desgraciadamente, estaban causando disensión entre ellos): por un lado, la Palabra y el Conocimiento (en griego: el *Logos* y la *Gnosis*, v.5), - y por otro lado los Carismas (v.7). El primer tema lo desarrolla en caps. 1 al 4 de la I Corintios, y el segundo en sus caps. 12 al 14.

En cuanto al primer beneficio, Pablo se refiere a la Palabra (*Logos*) sumamente eficaz, creadora y realizadora de Dios, según dice: “La Palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que espada de dos filos” (Hbr.4.12). Esta Palabra de Dios está cargada, ‘grávida’, de potencia realizadora: es la que, el día de la creación, por su mera orden: “¡Haya luz!” creó la luz y todo lo demás. ¡Es ella la que está actuando continuamente en nuestro interior, transformándonos en “nueva creación” (II Cor.5. 17)! - Por otro lado, el Conocimiento (*Gnosis*), que luego describe como: “la sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios para gloria nuestra”, es una paradoja apabullante: el poder salvador de Dios se manifiesta en el ‘fracaso’ de Jesucristo crucificado, o sea en la ‘locura de la cruz’ (vea I Cor.1.22-25; 2.1-8).

El segundo beneficio son los ‘carismas’ o dones carismáticos, por ejemplo: el talento de la música, de la organización, de la enseñanza, del apostolado juvenil, del cuidado de enfermos, ancianos o niños, de ser educador en familia o escuela, etc. Éstas son gracias especiales que Dios da, no para santificar a uno mismo, sino para servir a los demás: “El Espíritu Santo da a los fieles dones especiales, distribuyéndolos a cada uno según su voluntad, para que todos y cada uno, según la gracia recibida, los ponga al servicio de los demás, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Es la recepción de estos carismas, aún de los más sencillos, la que confiere a cada fiel el derecho y el deber de ejercitarlos para bien de la humanidad y edificación de la Iglesia, con la libertad del Espíritu Santo que sopla donde Él quiera” (*Conc.Vat.II, AA, # 3*). - ¡Qué campo más rico para cooperar con la obra de Dios! -

